

*Francisco Madariaga*

**CRIOLLO DEL UNIVERSO**  
**(1954-1998)**

Selección y prólogo de  
RODRIGO GALARZA

COLECCIÓN LA CRUZ DEL SUR • EDITORIAL PRE-TEXTOS



MADRID • BUENOS AIRES • VALENCIA • 2013



## PRÓLOGO

“El poeta es el balseiro que cruza a veces a los hombres desde la ribera de la muerte a la ribera de la vida.”

FRANCISCO MADARIAGA



ÉL bebía la sangre de poetas anónimos, de hombres descalzos hechos para el coraje, gauchos gallardos y pendencieros que empuñan el mejor de los cuchillos: el silencio y la fidelidad a un orden bárbaro. Se llamaba Francisco Madariaga, poeta de los llanos y esteros correntinos. Cuentan que era un hombre que de a caballo preñaba a las ánimas de la inspiración, y que alternaba su vida entre el asfalto y el estero. Así desarrolló en Buenos Aires su vida literaria pero con el corazón afincado en las llanuras de la provincia que albergó su niñez y adolescencia y que marcaría para siempre el ardor de su poesía.

Madariaga participó en las dos corrientes más importantes de la vanguardia argentina de los años cincuenta: la surrealista y la invencionista. El surrealismo vio su primera adhesión sudamericana en 1928 a través de la revista *Qué* dirigida por un grupo de estudiantes de medicina entre los que se hallaba Aldo Pellegrini, quien más tarde sería el gran promotor de este movimiento junto a Enrique Molina, Julio Llinás, Juan Antonio Vasco, Carlos Latorre, el propio Madariaga, etcétera, con publicaciones como *A partir de Cero* y *Letra y línea*. Mientras que el invencionismo, promovido por Edgar Bayley, encontró cauce en el grupo Poesía de Buenos Aires dirigido por Raúl Gustavo Aguirre que dio cabida a poéticas de distintos espectros.

A lo largo de más una docena de libros de poesía, Madariaga propone una voz en la que confluyen líneas diversas, tonos varios y extraños: la gauchesca sui generis y el surrealismo, pero también el barroco americano o la herencia de Oliverio Girondo.

Ajeno a la retórica su discurso se sustenta a través de un alucinante caleidoscopio cuya constante transposición de imágenes funda la realidad dentro de unas coordenadas (espacio-tiempo) que cuando son nombradas dejan de “ser” para resurgir en un nuevo plano de intensificación lírica: “sólo enredaste tu sangre un instante en mi corazón y sangraron tus manos / oh esbelta de labios culpables de infinito”.

Desde sus poemas adolescentes, Madariaga emprendió la búsqueda de una palabra poética que tradujera y conciliara al mismo tiempo su mundo interior con lo deslumbrante que le resultaba el paisaje exterior: lagunas, palmeras, boas, pájaros como soporte de mitos y leyendas, y en ellos la fuerza de un erotismo salvaje. Con dieciséis o dieciocho años escribía: “Ruega Bruja por mí / siento que el color arroja su fuerza / el gallo más sonoro que yo (...) En la fiebre de las urdimbres temblorosas / el bosque me penetra en la humedad (...) la muerte, los colores y el amor/ tejen entre las ramas algo mío (...) las arañas cuelgan sus arpas en el aire / ¡te está llamando a ti toda esa música!” Poco a poco irá llenando esos paisajes con sus habitantes, esa estirpe casi en extinción (en la actualidad) de gauchos ariscos, salteadores y bandoleros míticos, propio de una cultura nacida a partir del mestizaje europeo y guaraní. Cautivado por esa región de infinito plagada de misterios y abras de sueños, el lenguaje de Madariaga surge a borbotones por excesos incandescentes que por momentos le emparentan con el surrealismo no como actitud adherente hacia este movimiento sino como un estado natural que fluye de su propia identidad convulsa en cuanto a los ardores de la sangre, como afirmara el poeta argentino Juan Antonio Vasco: “si los vegetales se pliegan al tropismo, los animales al instinto, los hom-

bres a la motivación, Madariaga muestra los tres modos de ser ensamblados en su persona, conglomerados en su paisaje nativo. Cuando su poesía hace recordar el lenguaje de la corriente de Bre-tón, no es por ánimo preconcebido, sino porque la palabra surge de él como un rugido de jaguar, rumor de lluvia, vuelo de pájaro”, y aquí citamos un poema completo: “El sonido de un tren que se ahoga en las cataratas de las hojas / Al fondo de la selva liviana y los cocoteros se hunde el nivel del llanto, el peso entero de los sueños / Peso entero del saco de perfume de la gracia, estoy entre la espada del paisaje y el ladrillo caliente del olvido, viajando con un ardor de joya y sangre / Escuchando el aullido de mi candor: mi nueva fiesta”. Al respecto el mismo Madariaga afirmaría en una entrevista realizada por Jorge Fondebrider: “el surrealismo lo asumí como algo que me permitió desarrollar elementos estrictamente americanos. No nos olvidemos de que Europa y América son mundos diferentes, no tienen la misma manera de concebir la razón. Para mí el surrealismo no fue protesta, fue boda. No me sirvió para rechazar el mundo sino para celebrarlo. La realidad americana, con sus excesos, ya cumple con la rebelión que los europeos debieron llevar adelante por medio de sus ataques al racionalismo. La expresión de esa realidad americana vinculada a mi país natal siempre estuvo en mí. El surrealismo me ayudó a encontrar la manera. Fue una revelación”.

La defensa del gaucho a través de la mitificación de su carácter y del espacio en que habita, lo lleva a cabo apostando por una poesía totalmente ajena a la gauchesca clásica, lo que le permite esbozar auténticas y vigorosas estampas desprovistas de pintoresquismos fosilizantes. La evocación no se convierte aquí en un viaje al pasado sino en un “tren casi fluvial” en constante partida

y arribo, un tren cargado de colores y terrores que apunta a “en- troncar las peticiones más profundas de la moderna poesía euro- pea con su redescubierta raíz americana”, tal como señala la poeta y ensayista Graciela Maturo, quien continúa diciendo que “cierto rimbaudiano anarquismo lo aleja de las *crapulosas familias*, de los poetas oficiales, los escribas. En su repulsa a una sociedad enfer- miza se acerca a los tonos nietzscheanos de un profeta solitario: *brotó de mi corazón una ebriedad de lágrimas, arrodilladas para cantar un nuevo tiempo*; desciende a la pureza natural, a una con- dición vegetal o felina, en singular compenetración con la tierra”.

La presente antología, que por primera vez se publica en Es- paña, abarca los catorce libros de poemas publicados en vida por el poeta. La misma constituye un itinerario que lleva el título ge- neral de “Criollo del universo” ya que es el concepto que traspasa y sustenta todo el corpus poético: “Ya es muy tarde para ser sólo de una provincia / y muy temprano para pertenecer / todo / al planeta del venidero y sangrante resplandor / Oh, acude a mí, a mi jerarquía de peón del planeta...”.

EL PEQUEÑO PATÍBULO

(1954)



AMANE CER FLUVIAL

NUESTRO amargo subtropical melancólico con  
boca de serpiente canta en el embarazo de  
los ríos.

Ponedle una flor de agua a su veneno,  
a su circulación maldita y pequeña,  
a su labor de vendedor de bananas a la orilla  
del río diario de azúcar, de sífilis, de sonido.